

co, que ahora tengo entre manos, y que es á un tiempo la vida de un santo, la síntesis histórica de su época y de otras muchas anteriores, la crónica abreviada de su Orden, y la reseña rápida, brillante y animadísima del arte, de la filosofía y de la literatura durante el período más interesante de la Edad media. Todo esto producido sin intermisión, y de un solo aliento, en el breve espacio de siete ú ocho años, que no hará más que yo leí por primera vez páginas suyas en la *Revista de España*, siguiéndola desde entonces con interés creciente, mezclado de verdadero asombro.

No era difícil prever, aun en medio de esta aparente dispersión, cuál había de ser, entre las manifestaciones del espíritu, la que al fin absorbiese toda la actividad de la escritora coruñesa. Querer llevar de frente todas las ciencias, si fué loable y generoso empeño en los sabios de la Edad media y si el haber osado solamente imaginarlo basta ya para hacernos santa y bendecida su memoria, es hoy empeño vano é inasequible á fuerzas de mujer ni de hombre, y á lo sumo sólo puede conducir á un *dilettantismo* erudito y elegante, sin beneficio positivo para la ciencia ni gloria duradera para sus cultivadores. Pero el haberse nutrido con la médula de león de las ciencias positivas y de las ciencias filosóficas, el haber avezado desde muy temprano el entendimiento á la ruda disciplina de los métodos de investigación y de observación, el conocer por vista propia, y no de oídas, lo que son laboratorios y anfiteatros; el saber de la vida humana algo más de lo que al exterior y á los ojos del vulgo aparece, ha sido y será siempre muy alta y noble preparación, y hoy punto menos que indispensable para salvar á todo espíritu literario del exclusivismo y de la frivolidad á que, en otro caso, irresistiblemente

propende; para darle vigor, solidez y consistencia, é impedir que miseramente se pierda en devaneos sentimentales ó ensueños y simulacros destituidos de luz. Por eso yo, lejos de encontrar censurable, encuentro digno de toda alabanza en mi amiga el haber extendido el círculo de la actividad de su pensamiento, de tal manera que ninguno de los grandes términos de la labor científica actual haya quedado fuera de él. Por eso, al descender al campo de las letras puras, no lo ha hecho como la tímida Herminia del Tasso, cuya rubia cabeza apenas podía sostener el peso del casco, sino como la amazona Clorinda, habituada á ostentar la tigre por cimera de su yelmo y á infundir con ella el pavor en las huestes cruzadas.

Pero este carácter ardiente y batallador que los últimos escritos de doña Emilia ostentan, no ha borrado, antes ha contribuído á poner más de manifiesto, el carácter *femenino* por excelencia, el de seguir dócilmente un impulso recibido de fuera. No se quiebran impunemente las leyes de la naturaleza, y en algo consiste que ninguno de los grandes descubrimientos vaya ligado á un nombre de mujer. Toda gran mujer ha sido grandemente influída. Ellas pueden realzar, abrillantar, difundir con lengua de fuego lo que en torno de ellas se piensa, pero al hombre pertenece la iniciativa. Así se explica que Jorge Sand, superior por la magia del estilo á todos los escritores de su tiempo, pusiera durante ciertos periodos de su vida ese mismo estilo suyo, tan maravilloso, al servicio de las embrolladas utopías humanitarias de Pedro Leroux y otros personajes medianos é inferiorísimos á ella en todo. Así me explico yo que doña Emilia Pardo Bazán, cuyo estilo cualquiera puede envidiar y á cuya cultura pocos españoles llegan, después de haber escrito este libro de *San*

Francisco, magnífica prenda soltada en favor de las más puras y delicadas realidades del sentimiento y de la fe, se haya dejado arrebatado del torbellino de la moda literaria, y ansiosa de no quedarse rezagada y de no pasar por romántica, haya sentado plaza en la vanguardia naturalista, yendo delante de los más audaces y causando cierto mal disimulado temor á sus mejores y más antiguos amigos.

Yo no temo, sin embargo, que estas veleidades y estas concesiones y estos alardes, que, lejos de ser de independencia, arguyen verdadera timidez crítica y servidumbre á autoridades enaltecidas por la pasión del momento, lleguen á prevalecer sobre la índole noble y generosa de la autora del *San Francisco*. Es moralmente imposible que la hija de Ozanam pueda ser por largo tiempo y de buena fe, la apologista fervorosa de Zolá y de los Goncourt. No hay amplitud de criterio literario que baste á aunar en sí términos tan contradictorios. Yo no niego que alguna parte de los procedimientos literarios que emplean los modernos noveladores pueda ser aplaudida y recomendada como un verdadero adelanto técnico, por más que ciertos adelantos técnicos coincidan siempre, por misteriosa ley, con la ruina de lo que hay de más profundo y sustancial en el arte: yo no niego, ni creo que nadie haya negado nunca en serio, el principio capital de la estética realista; pero al propio tiempo afirmo y creo resueltamente que padecen sus adeptos una lamentable confusión entre los medios y el fin, y que si es verdad que toda obra artística sana y sólida debe tener muy firmes sus pies en la tierra, debe tener también alta, muy alta la cabeza, hasta tocar y penetrar los cielos. Á quien sea materialista, positivista, fatalista ó determinista, como ahora dicen, poco ha de importarles todo

esto, y aun carecerán completamente de sentido para él tales palabras; pero, lo repito, es imposible que la pluma que trazó los éxtasis del solitario del monte Alvernia y la impresión de los sagrados estigmas, y que acertó á describirlos con verdadera unción, con verdadera piedad, se moje luego en tinta para hacer la apología de los tristes libros que friamente disecan la fría y senil corrupción parisiense. No: para el alma de una mujer cristiana y española, san Francisco no puede ser un tema de retórica, ni es la retórica la que inspira páginas tan ardientes y tan sentidas, páginas tales como no las ha vuelto á escribir doña Emilia, ni en sus novelas, ni en sus polémicas, á pesar del indisputable talento derramado con profusión en ellas, y á pesar de los relámpagos de idealismo y de poesía que con mucha frecuencia las cruzan y atraviesan.

Y por eso yo y otros muchos seguimos creyendo que en la señora Pardo Bazán la poesía y el idealismo y la inspiración cristiana son lo natural y lo espontáneo, y que el naturalismo es lo artificial, lo postizo y lo aprendido, y que por eso lo uno tiene vida, fresca é irresistible arranque, mientras lo otro parece lánguido y muerto como todo lo que se hace obedeciendo á una receta ó fórmula que se toma de lo exterior y que no ha encarnado verdaderamente en el alma. Y he aquí la razón por que yo deseo que mi buena amiga nos dé muchos, muchos libros de historia pintoresca, por el estilo de este *San Francisco*, y pocas, muy pocas novelas naturalistas, aunque tengo tal debilidad por todo lo que sale de su pluma que hasta esas mismas novelas las devoro con avidez, yo que tanta fatiga suelo sentir cuando me cae en las manos alguna novela moderna de esas que, según dicen, le ponen á uno delante el espectáculo de la realidad,

que suele ser muy aflictivo ó muy trivial espectáculo.

Y ahora tengo que pedir mil perdones á mi señora Pardo Bazán y ponerme bien con el lector, que ya me estará tachando de hombre incivil y grosero por este inusitado prólogo en que casi estoy faltando á todas las consideraciones debidas á una señora y á una amiga, lanzándome á combatir de frente sus más caras aficiones. Pero á eso contestaré sin reparo : 1.º, que no creo en la sinceridad de tales aficiones, ni muchísimo menos en que hayan de durar y producir estado, porque doña Emilia es demasiado buena y demasiado sabia y demasiado mujer para eso; 2.º, que aunque doña Emilia es dama, y dama muy principal, en este momento no es para mí más que la autora del *San Francisco*, es decir, de uno de los libros modernos más bellos de la literatura castellana. Y á quien ha hecho semejante libro, que podrá tener rivales pero no tiene vencedores entre los que desde hace muchos, muchos años, han salido de nuestras prensas, se le puede exigir cualquiera cosa, y se le deben pedir, y Dios se las pedirá sin duda, cuentas estrechísimas del uso de los talentos que la confió para su gloria.

¿En cuántos libros de espíritus varoniles de nuestros tiempos encontraremos tanto como en éste la severa precisión, el orden lúcido, la exposición clarísima, la constante brillantez y animación, el movimiento y efervescencia de ideas, la ebullición de afectos, el conocimiento de todas las cosas, el sentido de todo lo poético que hay en el fondo de los rasgos históricos, y sin el cual los historiadores vulgares sólo aciertan á darnos una pálida imagen de lo que fué, tan velada en sombras que ni deja huella en la memoria, ni despierta amor ni odio en el alma? Con rico y fantástico cortejo van cruzando por las páginas de

este libro todas las figuras en que sucesivamente se fué haciendo carne el espíritu de la Edad media, y unos con el manto de los reyes, otros con el sayal del mendigo, cuáles con la férrea cota, cuáles con la viola de los juglares, cuáles con la retorta del alquimista, parece que sacuden el polvo de sus tumbas y que vuelven á conversar familiarmente con nosotros. Es una verdadera evocación ó reconstrucción del pasado, más bien que un estudio histórico. Esa segunda vista lúcida, don de los grandes narradores, ha permitido á la autora sentir el agua corriente y el tesoro oculto debajo de las hierbas. La leyenda del Santo, que para mí es la parte más bella del libro, está contada y descrita con una plasticidad, y al mismo tiempo con una suavidad de idilio místico, que sin confundirse ni con el ingenuo realismo ni con la bienaventurada y santa simplicidad de las antiguas leyendas monásticas, tampoco se pierde en esas vaguedades sentimentales que son la plaga de la devoción francesa, desde los tiempos del romanticismo. Todo es natural, robusto y verdaderamente cristiano. La autora huye de presentar sus figuras envueltas en vaporosa niebla: las quiere humanas y tangibles, pero santas, y ni por mundanos respetos deja de presentar lo sobrenatural como sobrenatural, ni cae tampoco en aquel género de materialismo, al cual cierta especie de devoción propende. Lo que ella afirma y enseña afirmado y enseñado está por la Iglesia, sin que dejen duda sobre este punto las aprobaciones de los eminentes preladados y teólogos, que encabezan el libro con sus cartas.

Otros ilustres escritores católicos, gloria de nuestro siglo, habían tratado ya alguna parte de la materia que en el suyo compendia Emilia Pardo Bazán. Prescindiendo de los biógrafos directos de san Francisco

y de los cronistas antiguos y modernos de su Orden, siéntese, sobre todo, en estas páginas la influencia de a *Santa Isabel de Hungría* de Montalembert y del bello libro de los *Poetas Franciscanos* de Ozanam : la del primero, en la traza y disposición del libro, en la manera tierna y poética de entremezclar la historia con la leyenda y lo bello con lo santo, y finalmente en algunas ideas de la introducción, y en el modo general de considerar la Edad media : la del segundo, en la importancia quizá excesiva y algo fantástica que se concede á la poesía franciscana en el desarrollo del arte de los siglos XIII y XIV, que siendo tan inmenso y prolífico, y habiéndose desarrollado en tan numerosas direcciones, mal puede ser referido á una fuente sola, aunque ésta sea tan pura y tan cristalina como la del serafín de Asís y la del beato Jacopone.

Pero ni siquiera la vecindad de los nombres de Ozanam y de Montalembert puede menoscabar en nada el precio y la estimación de este libro, puesto que si en el capítulo de los franciscanos poetas ó tenidos por tales no ha conseguido nuestra insigne escritora, ni cabía en fuerzas humanas, hacer olvidar el trabajo de su predecesor, bastante triunfo ha sido hacerse leer después de él sin desventaja; y al cabo este capítulo de los poetas, en el cual no faltan investigaciones propias, es uno solo, de los diez y siete que el libro encierra y que hacen pasar al lector de maravilla en maravilla, como por las estancias de encantado palacio. Y en cuanto á la influencia del elocuente historiador de los monjes de la cristiandad latina, más está en las ideas históricas que en la forma y estilo, que es de todo punto desemejante: en Montalembert, grave, numeroso, amplio, oratorio, en suma, y algo solemne y acompasado, con caídas de monotonía: en Oza-

nam, penetrante, suave y melancólico, como reflejo de su alma purísima, que sólo ardió en las llamas de la caridad; al paso que en nuestra autora es vivo, rápido, nervioso, encerrando muchas cosas en pocas palabras y pintándolo y describiéndolo todo con cuatro rasgos enérgicos, sin dejar pensamiento sin imagen. Doña Emilia es, de los tres, la que tiene el estilo más mundano y colorista, hasta el punto de recordar algunas veces la manera de Michelet, en sus buenos momentos, sin sus aberraciones y extravagancias, en las cuales tan fácil es caer cuando se persigue sin descanso lo que halaga y deslumbra á los ojos, y por esto parece lo más característico, aunque realmente no lo sea. La opulencia y prodigalidad del estilo de doña Emilia muy rara vez tropieza en tan formidable escollo, pero alguna vez, sobre todo en pasajes de la introducción, puede alguien echar de menos los tonos suaves de Ozanam, que en esta parte es gran maestro.

De todas maneras, el libro es un grande esfuerzo y una grande obra, mucho más que si se presentase sin maestros y sin precedentes. Tiene mil ventajas el que por primera vez desbroza un asunto: su labor, aunque sea más larga, es menos ingrata, porque le alienta la curiosidad de lo desconocido, que en el investigador de profesión llega á ser un manantial de goces inefables. Pero llegar á la heredad, cuando la heredad parece esquilhada, y sacar de ella todavía riquísimo fruto; repasar sobre las huellas de los grandes maestros, y dejar nuevos rastros de luz en el mismo surco donde ellos pusieron el pie, es uno de los triunfos más raros en el mundo literario. La mujer que antes de traspasar los umbrales de la juventud, en la edad en que todo sonríe al alma femenina y la halaga y la embebece en lo exterior, ha encontrado en su natura-

leza energía bastante para producir tal monumento, mostrándose á la vez pensadora, narradora, artista de encantador y riquísimo estilo, y finalmente no extraña á ninguna de las artes y ciencias, asegurado tiene nombre imperecedero en las letras castellanas, por muchas novelas naturalistas que escriba, y eso que serán buenas, siendo suyas. Pero en todo esto cabe pasión y litigio. Yo sostengo que la autora vale todavía más que sus obras, exceptuando ésta. Ha hecho un libro : dichosos los que puedan decir otro tanto.

Santander, 13 de julio de 1885.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

CENSURA Y LICENCIA ECLESIASTICA.

CENSURA DEL P. FIDEL FITA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

VICARÍA ECLESIASTICA DE MADRID Y SU PARTIDO.—Excmo. é Ilmo. Sr.: Atento á desempeñar el encargo que me hizo V.E.I., he leído los dos volúmenes de la obra titulada *San Francisco de Asís (siglo XIII)*, escrita por doña Emilia Pardo Bazán, y recomendados así por los Excmos. é Ilmos. señores Obispos de Lugo, Córdoba y Mondoñedo, como por el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago.—Nada encuentro en ambos volúmenes que no concuerde con la pureza del dogma católico y de la sana moral. Trazados sus capítulos con sabiduría, ciencia y piedad, ordenados y eslabonados con claridad y distinción metódica, y realzados, en fin, con elegancia de dicción y amenidad y estilo siempre oportuno, bien merecen salir á luz para edificación de los fieles, esplendor de la literatura española y gloria de Dios, que es admirable en sus Santos.—Dios guarde á V.E.I. muchos años. — Madrid, 24 de abril de 1882.—FIDEL FITA.—*Hay una rubrica.*—Excmo. é Ilmo. Sr. Vicario Eclesiástico de Madrid y su partido. — *Es copia.* JUAN MORENO.

LICENCIA.

NOS EL DR. D. JULIÁN DE PANDO Y LÓPEZ, PRESBITERO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, VISITADOR Y VICARIO JUEZ ECLESIASTICO DE ESTA MUY HEROICA VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO, ETC. — Por el presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *San Francisco de Asís (siglo XIII)*, escrita por doña Emilia Pardo Bazán, y recomendada por los Excmos. é Ilmos. Sres. Obispos de Lugo, Córdoba y Mondoñedo, como por el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago; mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. — Madrid, 10 de junio de 1882. — DOCTOR PANDO. — Por mandato de S. E. I., LIC. JUAN MORENO GONZÁLEZ.

AL QUE LEYERE.

· Hará poco más de dos años comencé la obra que hoy termino, y la interrumpieron varios contratiempos, quebrantos en mi salud, viajes y trabajos literarios de índole muy diversa: de suerte, que apenas representan estas páginas ocho meses de asidua labor. Digolo, no por encarecer su mérito, sino al contrario, porque me sean perdonadas las faltas, omisiones y errores que en ellas se hayan deslizado, á pesar del esmero con que procuré evitarlos. Alegaré también como circunstancia atenuante el no haber podido recorrer en piadosa peregrinación los lugares donde vivió y murió san Francisco de Asís, ni sepultarme en los archivos desempolvando rancias crónicas é inéditos documentos. Antes de escribir la historia de Isabel de Turingia, Montalembert, artista y creyente, realizó lo que tengo por indispensable para trazar una biografía con calor y animación: siguió las huellas de su amada Santa, respiró la atmósfera que ella había respirado, contempló su es-

tatua esculpida por el imaginero de la Edad media, y leyó los manuscritos de letra gótica que narraban sus hechos. Empresas semejantes son difíciles á mi sexo, y en nuestro país todo autor halla graves obstáculos al intentar procurarse libros antiguos, donde conserven aroma y frescura la tradición y la leyenda. Á quien solicita beber en las primeras fuentes, más sirven de embarazo que de ayuda los trabajos modernos que, á falta de ellas, es preciso consultar.

El objeto y fin que me propuse en la presente obra, lo declararé por medio de un simil. Cuando considero la historia del mundo desde el advenimiento de Jesucristo, parece verme un edificio grande y sobre toda ponderación hermoso, á manera de altísima catedral, y que son sus columnas apóstoles, mártires, confesores y doctores. Trece centurias lo han erigido, y un ejército numeroso se empeña en demolerlo, mientras otro pugna por sustentarlo. Prendada de la belleza y majestad del secular edificio, quise también ayudar á su reparación: mas no poseyendo mármoles ni granito, sólo pude contribuir con una arena.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Granja de Meirás, 6 de setiembre de 1881.

~~~~~

CARTA DEL ILMO. SR. OBISPO DE LUGO.

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán. — Muy señora mía y respetable amiga: Un gozo grandísimo he tenido en saber que se halla ya V. en disposición de continuar y concluir pronto la obra en que se ocupa hace tiempo, titulada SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII. Ella, como todas las que han salido de la singular pluma de V., me proporcionará ratos de gusto y admiración, si es que me permiten su lectura los padecimientos que desde mi entrada en los ochenta años de edad crecen sin intermisión. El Señor quiera conservar la salud de V. para completar este servicio que está haciendo á la religión, á la literatura y al honor de su débil sexo.

Así se lo ruega muy encarecidamente á Dios este su pobre viejo é inútil amigo de V., que la envía su bendición de lo más íntimo de su alma. — † JOSÉ, OBISPO IND.º DE LUGO. — Lugo, 17 de junio de 1881.

~~~~~

CARTA DEL ILMO. SR. OBISPO DE CÓRDOBA.

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán. — Acabo de leer los capítulos del precioso libro que, con el título de SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII, piensa V. dar á la estampa, y que ha tenido la bondad de remitirme.

Si es idea feliz y laudable la de publicar las glorias y merecimientos del Patriarca seráfico, es también idea sobremanera oportuna y esencialmente cristiana en la hora presente. Cuando las pasiones revolucionarias, y sus representantes ó mandatarios los poderes del siglo, emplean su actividad y sus fuerzas en perseguir y maltratar á los hijos legítimos de

esos grandes genios del Catolicismo, que con sus virtudes verdaderamente heroicas y con sus admirables instituciones contribuyeron á la civilización y al bienestar de los hombres y los pueblos de una manera más práctica, más eficaz y más fecunda que los que el mundo llama héroes ilustres y grandes conquistadores; cuando esas pasiones y esos poderes, después de haber arrancado del corazón del pueblo la imagen moral del Crucificado, profanan su imagen material, y la pisotean, y la rompen, y la arrojan de las escuelas; cuando esas pasiones y esos poderes se rebelan contra Dios y contra su Cristo, y contra su Iglesia santa, y poseídos de furor satánico derriban, incendian y matan cuanto lleva en sí la señal divina y, sobre todo, la señal de la vida religiosa, ciertamente que es idea feliz y es, ante todo y sobre todo, una obra verdaderamente cristiana y hermosa hacer que buenos y malos, creyentes y no creyentes, fijen su atención en el alado Serafín del siglo XIII, y con ocasión del mismo, en las heroicas virtudes, en las civilizadoras empresas, en los admirables trabajos de todo género llevados á cabo en el gran siglo de las Órdenes religiosas.

Para conseguir este objeto, el punto de vista por V. elegido nada deja que desear, porque no es posible considerar á san Francisco de Asís, ni narrar su vida y sus empresas sin tropezar á cada paso con las demás Órdenes monásticas de aquel siglo, y especialmente con la que pudiéramos llamar hermana gemela de la de san Francisco, la Orden fundada por nuestro compatriota santo Domingo de Guzmán, á la que me glorío de pertenecer.

Por cierto que las páginas en que V. expone con tanta delicadeza y suave colorido la amistad estrecha que unió en todo tiempo á las dos religiones, unión fraternal que arrancando del tierno abrazo de los dos santos Patriarcas, fué confirmada y como sancionada por dulcísima amistad entre san Buenaventura y santo Tomás, representan y constituyen una de las muchas bellezas que avaloran su libro. Según V. nota oportunamente, la sangre de los mártires franciscanos y dominicos corrió mezclada en más de una ocasión como testimonio elocuente de la unión íntima de sus corazones, de la perfecta conformidad de sus aspiraciones, del apoyo mutuo que se prestaban en la conquista espiritual de las almas en Jesucristo y por Jesucristo.

No entra en mi propósito exponer, ni indicar siquiera, las muchas bellezas que atesora su libro, ahora se considere la exactitud de los hechos, ahora la sencillez elegante de la narración, ahora lo atinado y profundo de las reflexiones, ahora, especialmente, el suave perfume de piedad cristiana y

la ortodoxia pura, que tan bien sientan en libro escrito por una mujer en la patria de santa Teresa y de Fernán Caballero. Mi objeto al escribir estas líneas es sólo felicitar á V. y felicitar á las letras españolas por la publicación de SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII, libro que á otras muchas reúne la cualidad inapreciable de ser una apología del cristianismo católico en el terreno de la moral, de la ciencia y del arte.

No ignora V. ciertamente que el mejor testimonio de gratitud que los cristianos podemos y debemos ofrecer al *Padre de las luces* por los dones recibidos, es emplear éstos para gloria de Dios y edificación de las almas. Por eso yo abrigó la confianza de que seguirá V. poniendo al servicio de la verdad y de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo su privilegiado talento; y en esta confianza bendice á V., á su libro y á sus obras este su afectísimo S. S. y C., que le desea constancia en el bien y las bendiciones del cielo. — † FR. CEFERINO, OBISPO DE CÓRDOBA. — Córdoba, 22 de junio de 1881.

CARTA DEL ILMO. SR. OBISPO DE MONDOÑEDO.

Muy ilustre Sra. Doña Emilia Pardo Bazán. — Al tener la noticia de que habíais determinado dedicar vuestro esclarecido talento y elegante pluma á escribir una obra referente á los admirables hechos del gran patriarca san Francisco de Asís, y á los de la época ó siglo en que floreció tan insigne fundador, me he regocijado grandemente y he creído oportuno alentaros (como vuestro antiguo director espiritual) en la realización de tan elevado y plausible pensamiento. Yo no dudo que atendidas vuestras convicciones religiosas y vuestra ferviente adhesión á las disposiciones eclesiásticas, someteréis dicha obra á la censura de la Iglesia, y mereciendo tan respetable aprobación, como confío, será leída con avidez hasta por numerosas personas que acaso nunca habrán fijado su mente en la prodigiosa vida y hechos de tan edificante Santo, produciendo así la lectura nuevas impresiones altamente piadosas y salutíferas, además de prestar con ella un señalado servicio á la ínclita Orden seráfica (de la que es V. también hija.) Aunque ya escribieron acerca de la notable vida mencionada el melifluido san Buenaventura y otros padres muy eruditos, pueden muy bien ocuparse sobre un héroe distintos escritores, ensalzándole cada uno

cuanto es posible, presentándole bajo aspectos ó circunstancias diferentes, y ofreciendo variadas y amenas reflexiones religiosas y sociales.

Aplaudo, pues, vuestro excelente propósito, y deseo vivamente os conceda Dios salud, luces y fuerzas para llevarle á feliz término. Así lo pide este vuestro afectísimo, que os bendice cordialmente. — † JOSÉ MANUEL, OB. — Mondoñedo, 17 de julio de 1881.

~~~~~

CARTA DEL EXCMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

*Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.* — Muy señora mía y estimada diocesana, de mi más distinguida consideración: Tiempo ha que deseo expresar á V. mi satisfacción por observar en todas sus variadas producciones literarias, de incontestable mérito, la más pura y exquisita ortodoxia; pero mis múltiples y tirantes ocupaciones pastorales no me lo han permitido hasta hoy. Últimamente ha subido de punto mi satisfacción y alegría al fijar mi atención en lo mucho que tiene ya trabajado escribiendo la vida del seráfico san Francisco de Asís, con un sabor místico literario, que indudablemente endulzará el corazón y el espíritu de los verdaderos amantes de las cristianas letras que atentamente la leyeren.

Así que, después de felicitarla por el buen empleo de su talento, y dar gracias al Señor que se lo ha prodigado tan generosamente, espero no llevará á mal que la estimule á proseguir en tan útil y laudable empresa, sin abandonarla hasta su feliz terminación.

Y con este motivo, me es muy grato confirmar á V. mis anteriores ofrecimientos y repetirme su atento S. S. y Prelado, que paternalmente la bendice, — EL CARDENAL PAYÁ, ARZOBISPO DE COMPOSTELA. — Santiago, 28 de setiembre de 1881.



INTRODUCCIÓN.

~~~~~

A PENAS hay historiador que no se extienda en referir la corrupción de costumbres que precedió á la caída del imperio romano: Tácito, Suetonio, la musa indignada de Juvenal, abrieron camino á los modernos escritores para que por los excesos de Roma explicasen su decadencia. Pocos toman en cuenta otro elemento disolvente: el escepticismo romano. Escéptica era la señora del orbe: á la sonrisa de los augures se asociaba el Senado recibiendo en el Panteón los dioses de las comarcas vencidas, los monstruosos númenes de Cartago, las simbólicas divinidades del Egipto. Quizá en su origen, cuando la componían proscriptos y aventureros, creyó en sus tutelares la república romana: seguramente no creía ya, cuando ante aquel Senado indiferente Julio César pone en tela de juicio la inmortalidad del alma, cuando el más elegante de los poetas latinos comenta en verso á Epicuro. Faltó al pueblo rey, en los últimos siglos de su soberanía, el nervio del alma, la fe.

Sin embargo, por singular contradicción. Roma se manifestó intolerante, inexorable con una sola creencia. Cierta que no la profesaba ninguna gran nación aliada: eran las doctrinas de un hebreo oscuro, colgado de un patíbulo por sus mismos compatriotas con anuencia del pretor romano. Los discípulos del novador nazareno,